

En 1976, en ocasión de su exposición en el Museo de Bellas Artes de Caracas, escribía el crítico Roberto Guevara acerca de la obra de Susy Iglicki: “La sobriedad y la capacidad de buscar alternativas se van combinando a lo largo de la muestra, para dar esta experiencia singular. La cual deja también una enseñanza notable: ser riguroso no significa, al menos en este caso, renunciar a la riqueza inventiva”.

Si bien desde aquella fecha la artista ha cambiado notablemente en su estilo, particularmente al abandonar cualquier referencia figurativa, ha mantenido esas cualidades que con razón destacaba Guevara, a tal punto que pueden definir cabalmente su trabajo actual: por un lado sobriedad y rigor, por otro, amplitud e imaginación al poner bajo sospecha los principios más normativos que rigen su lenguaje formal.

Estos componentes, que podrían ser resumidos en la dicotomía (y finalmente alianza y reconciliación) entre razón e intuición, regla y sensibilidad, patrón y ruptura, permiten inscribir a la artista en una corriente venezolana y latinoamericana, que el crítico brasileño Roberto Pontual acuñó como “geometría sensible”, término que abarca felizmente esas dos tendencias, incompatibles bajo otras latitudes y al mismo tiempo tan nuestras, tan de este continente.

Sin embargo, esta propuesta teórica de “categorizar” así la obra de Susy Iglicki no da cuenta de todos los matices que esa ofrece, y que precisamente son producto de su “capacidad de buscar alternativas”. En este sentido, es importante anotar que ella ha sido co-protagonista del auge del grabado durante los años setenta (época en la que se hizo merecedora de reconocimientos nacionales e internacionales), y al recordar esto queremos

ubicarla dentro de la tradición de la contemporaneidad venezolana. Algo significativo en la medida en que hace de su planteamiento de ahora una problematización de su propia trayectoria, y no sólo del arte venezolano en general, lo que le otorga una dimensión existencial además de histórica. Sin duda, la exigencia artesanal del grabado se oponía a la fabricación industrial de obras, método que había signado gran parte de la modernidad abstracto-geométrica-cinética. Se reclamaban entonces espacios para lenguajes más íntimos, para el rescate de la destreza manual y el ejercicio del oficio en la soledad del taller.

Hoy, en sus trabajos sobre papel donde mezcla las técnicas más variadas, Susy Iglicki no ha olvidado ese oficio, y la limpieza, precisión y refinamiento son garantes del alcance de su discurso. Un discurso que parte de la geometría como una matriz y termina integrando, a modo de injerto, patrones ornamentales, líneas quebradas, texturas, sugerencias de paisajes... esos elementos que la misma artista define como "de misterio, de contradicción". Todo esto sin barroquismos, sin concesiones a la figuración, siempre dentro de una cierta austeridad, de un sentido de la medida que la lleva a controlar también la disrupción.

Una limitada gama cromática, en un registro discreto (blancos, negros, grises, verdes oscuros...), si exceptuamos algún rojo repentino y fugaz, unas formas básicas (cuadrados, elipses, líneas paralelas, triángulos, letras de plantilla...) constituyen un vocabulario plástico elemental, de espíritu voluntariamente minimalista, que remite ineludiblemente al discurso venezolano de la modernidad. El quiebre se produce, de una manera sutil, delicada, equilibrada, nunca violenta, cuando la artista introduce otros elementos, que,

más que un contraste, crean un dialogo de formas: casi imperceptibles efectos de texturas en superficies monocromáticas, líneas curvas que evocan, sin ningún afán de representación, el perfil de la montaña, otro tema central del arte venezolano, como para reafirmar una ilación; motivos florales (no naturalistas) que con una leve ironía introducen un sesgo femenino; caligrafía ilegible que se vuelve ornamento...

Escribe Guillermo Sucre: “La elegancia, en todo, nace del sosiego –que no es sólo serenidad -- y sabemos que admite también las tensiones de la pasión. La elegancia tiene que ver con el alma”. Esta virtud es la que irradia Susy Iglicki a través de sus obras. Así, y demostrando otra cualidad del alma, la artista de hoy –aquella niña judía austríaca que en 1939 desembarcó del *Caribia* en Puerto Cabello- también ha dedicado parte de su obra plástica a honrar esa deuda de por sí imposible de cancelar que los sobrevivientes de la Shoa han contraído con los muertos. Se asume como portavoz de una memoria colectiva con unas imágenes que luchan contra el olvido, en las que lo meramente documental es tan sólo punto de partida para crear sentido, como en el collage en que la fotografía en blanco y negro de un grupo de refugiados está rodeada de otro fotografía, esta vez a color, de vegetación tropical, en un homenaje a aquellos judíos errantes y a la tierra venezolana que los acogió.

Estas dos vertientes de la obra de Susy Iglicki, que parecieran tan disímiles, se juntan en una construcción de identidad: la de una exiliada que recuerda sus raíces y de una artista venezolana que contribuye a una labor de reflexión sobre el gran relato del arte nacional.

Federica Palomero/junio 2009